

El Canto de los Delfines



Numero 2, 2016

Los marginados

Erik Llerena

A orillas del espumoso Pacífico, entre las montañas cobijadas de chaparral, un trabajador agropecuario deja caer una agria lágrima en el campo donde pizca. Sus cejas están bañadas en sudor, su espalda adolorida, sus bolsillos vacíos y su mente llena de las injusticias a las que ha tenido que someterse para ganarse la vida. Piensa en todo lo que sufrió para llegar a este país desde su natal Oaxaca, en busca de sueños de una mejor vida. ¿Había realmente mejorado en algo? No sabría decirlo. Lo que sí sabe es que su salud se deterioró a costa del trabajo duro, y que sus cuatro hijos aún viven amontonados en un pequeño cuartito, con él y su esposa. Es que el sueldo de los dos no da para más.

En ese campo lleno de fresas, bajo el sofocante sol, él llora sin parar de trabajar, pues sabe que si para no le pagan. Pero él no deja de pensar en el futuro de sus hijos. Por eso llora, le da tristeza, le entra la nostalgia, porque sabe la situación en que se encuentra la familia. Será difícil que tengan un mejor futuro que no sea el del duro trabajo del campo, que paga poco y exige mucho. En ese cuartito donde viven, los hijos no pueden concentrarse en el trabajo escolar, y así será difícil que se abran un buen camino, porque sin la educación no se llega lejos.

Hasta hace poco, él no se había preocupado mucho por esas cosas, pero desde que su espalda le empezó a doler, en la primavera, se ha dado cuenta de que no siempre va a poder proveer a su familia. Se preocupa sobre todo por Sandra, la única hija. Sabe que en los campos las mujeres son violadas y tiene miedo que abusen de ella. Esta preocupación le recordó a su amiga Bárbara, quien trabajó en el campo durante treinta años. Ella también había tenido problemas de espalda y la compañía no le dio atención médica ni remuneración alguna. Ella le enseñó cómo ponchar sus cajas para que le contaran, y que los bonos prometidos por entregar cajas extras eran solo promesas que no se cumplían. Ahora su amiga lleva más de un año recuperándose y la compañía no ha cubierto casi ninguno de sus gastos médicos. La lesión la dejó sin poder trabajar y se agravó porque el capataz no hizo caso a sus quejas. En aquel tiempo él se sentía mal por su amiga, pero no pensó que a él le pasaría algo así. ¡Cómo iba a ser posible que un hombre fornido como él fuera a sufrir de aquel mal! Pero ahora que siente el dolor en



carne y hueso, se preocupaba por sus hijos, pensando, “Si no estudian, también tendrán qué pizcar el fruto de la tierra, y toda su descendencia no saldrá nunca de esa existencia que solo da suficiente para salir a flote y nada más. ¿Dónde quedó el sueño americano? ¡Parece que para el trabajador del campo no existe! Ellos se verán obligados a labrar la tierra con su sudor para el beneficio ajeno”.

En medio de esa tristeza, pensó en la ironía que representa el que en un estado en el que la agricultura es algo tan importante, de lo que tanto se presume, los propios trabajadores del campo estén tan mal pagados y que tengan tan pocos derechos. “¿Cómo puede ser que ellos, que son los que alimentan al país, no tengan derecho al pago de horas extra después de cuarenta horas semanales, y que sus intentos de crear sindicatos sean siempre destrozados?” Está claro: los dueños de las grandes empresas agrícolas y su cabildeo siempre han logrado marginar al trabajador del campo y dejarlo fuera del sueño americano.

Tras tanto juego de ideas, pensó, “Bueno, pero ¿qué se puede hacer? Todo va a seguir igual: nosotros rompiéndonos la espalda y ellos ganando dinero.” Y así fue que las lágrimas del pizcador desaparecieron entre muchas lágrimas más, sin lograr repercusión alguna. Pero, poco a poco, el cántaro se irá llenando, y cuando se desborde, sus agrios contenidos empujarán al cambio. Y en ese terreno de surcos paralelos, el pizcador siguió su magra existencia, una más de miles que viven en la miseria.

Sobre El Autor

Erick nació en la Ciudad de la Habana, Cuba, y en 1999, a la edad de catorce años, emigró a E.U.A. Cursó la preparatoria en Nueva Jersey donde se integró a las fuerzas navales que lo enviaron a Port Hueneme, donde conoció a su esposa Lupita y con quien tiene un niño y una niña. Después de darse de baja de los *Seabees*, comenzó sus estudios universitarios en Oxnard College para, después, transferirse a CI, donde cursa la carrera de español. Espera algún día ser profesor.

